

MANJARREZ BASTIDAS, A. (2025). LAS ARTES VISUALES EN EL NOROESTE DE MÉXICO. MÉXICO: ISIC-INSTITUTO SINALOENSE DE CULTUTRA. PÁGS. 228.

Stephanie Cortés Aguilar
Universidad Autónoma de Sinaloa

El arte es lo que resiste: resiste a la muerte, a la servidumbre, a la infamia, a la vergüenza (Deleuze, 1995, p. 147). Reflexión de Gilles Deleuze que aparece en el prólogo del libro de Azucena Manjarrez Bastidas, la cual no solo sitúa al arte como un acto de insurgencia y memoria, nos prepara a las y los lectores para adentrarnos en la historia de una región donde la creación plástica ha sido, desde sus inicios, un acto de afirmación cultural frente a la marginalidad y la violencia.

La Dra. Manjarrez Bastidas examina en su estudio los cambios y continuidades de las artes visuales en el noroeste de México entre 1951 y 2015, un período decisivo en el que se afianzaron los cimientos académicos y se robusteció la producción plástica de la región. A lo largo de seis décadas, nos guía por las trayectorias de artistas de Sinaloa, Sonora, Baja California y Baja California Sur, quienes exploraron diversas expresiones, pintura, escultura, dibujo, grabado, fotografía, performance, hasta lo más contemporáneo, las producciones derivadas de lo sonoro y el video. Mostrando cómo las instituciones académicas como las distintas generaciones de creadores contribuyeron al enriquecimiento del panorama regional.

Combina el rigor investigativo con un estilo ágil y cercano, de modo que cada capítulo fluye como un relato vivo. Incluye testimonios directos de artistas plásticos, anécdotas de talleres y escenarios donde nos va transportando a los estudios, galerías y espacios públicos donde germinaron, se desarrollaron y cumplieron diversas funciones las artes visuales en el noroeste de mexicano. La abundante iconografía, fotografías de obras,

bocetos inéditos y documentos históricos, no es mero adorno: funciona como clave interpretativa que permite apreciar de primera mano la evolución de los estilos y técnicas que desarrollaron de los pioneros de la región.

A través de más de veinte entrevistas, el lector accede en primera mano las motivaciones, dudas y logros de tres generaciones de creadores, humanizando la historia del arte y reforzando el vínculo afectivo en un contexto sociocultural complejo. La autora ubica cada corriente y proyecto artístico dentro de procesos políticos, económicos y sociales, virando desde la descentralización cultural hasta las dinámicas fronterizas, ofreciéndonos una lectura multidisciplinaria que interesa tanto a historiadores, antropólogos como a gestores culturales.

En el capítulo primero, Los Inicios en la formación artística en el noroeste de México, traza los primeros pasos de la enseñanza en los estados del cauro. Señala que, antes de la institucionalización, la formación dependía de autodidactas y talleres informales; dos grandes obstáculos eran la escasez de docentes y el alto costo de materiales, lo que confinaba la formación profesional a quienes podían migrar al centro del país, especialmente hombres, pues las mujeres enfrentaban mayores barreras de acceso.

Sin embargo, a pesar del rezago institucional, se consolidó una tradición autodidacta y comunitaria la cual sentaría las bases de la escena regional, desde los talleres libres y las misiones culturales hasta la creación de licenciaturas en Artes Plásticas. La profesionalización avanzó de forma desigual: Sonora inauguró sus talleres de arte en 1951; en Sinaloa se crea el Taller de Artes Plásticas de Culiacán en 1957 convirtiéndose posteriormente en Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Autónoma de Sinaloa en 1970; Baja California contó con talleres desde 1955, pero no tuvo licenciatura hasta 2004; y en Baja California Sur la especialización surgió primero en el ámbito privado, hasta consolidarse como licenciatura en 2013.

El capítulo segundo, La articulación de la política cultural en el noroeste a través del Fondo Regional para la Cultura y las Artes (FORCA), analiza una de las políticas culturales nodales creada en 1993. El FORCA impulsó la descentralización cultural, financiando proyectos de todas las disciplinas artísticas. Desde sus inicios respaldó el Circulo Artístico del Noroeste,

una estructura itinerante que reducía costos y garantizaba la realización de exposiciones y talleres en al menos dos sedes de cada entidad.

Así mismo, tras la firma del Convenio de Cooperación Interestatal en 1996, el FORCA obtuvo mayor flexibilidad y recursos, fortaleció la colaboración entre estados y promovió apoyos específicos para comunidades étnicas, contribuyendo a la consolidación de eventos como la Bienal de Artes Visuales del Noroeste.

El capítulo tercero, La influencia del muralismo en los primeros maestros del noroeste de México, aborda la impronta del muralismo mexicano, iniciado por José Vasconcelos y los “Tres Grandes” -Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros-, cuya estética político-didáctica transformó la plástica nacional. A esta influencia se sumaron maestros formados en la Escuela Mexicana de Pintura, Higinio Blat, Erasto Cortés, Jesús Álvarez, Arturo Moyers, Héctor Martínez Arteche y Álvaro Blancarte, quienes introdujeron técnicas, fundaron talleres, colaboraron con instituciones estatales y sentaron las bases de los programas académicos de artes visuales.

Como consecuencia, el despliegue de bienales interamericanas, el apoyo gubernamental para museos itinerantes y la creación de escuelas de diseño y artesanía en los setenta reforzaron la presencia del muralismo como eje formativo y de difusión en el noroeste.

En el capítulo cuarto, Representantes de la ruptura en el noroeste de México, se explica cómo, a partir de los setenta, emerge en la región la denominada “Generación de la Ruptura”. Aunque no se constituyeron como un grupo formal, sus integrantes buscaban distanciarse del muralismo nacionalista, abrazar la abstracción, el neofigurativismo y las vanguardias internacionales, así como diversificar tanto las temáticas como los soportes materiales. En esta generación ubica a artistas como Helga Krebs, Gustavo Ozuna, Carlos Olachea, Aníbal Angulo, Roberto Pérez Rubio, Roberto Jiménez Rosique y Cecilia Sánchez Duarte, quienes, en las décadas siguientes rompieron con la tradición muralista al explorar la abstracción, la fotografía y el performance, abordando temas de frontera, género e identidad, y sentando así las bases del arte experimental regional.

En este capítulo Manjarrez consigue caracterizar a cada artista, plasmando su mirada única: Krebs, representa un mundo convulso en sus obras; Ozuna, quien desafía al destino con técnicas innovadoras; Olachea, que trasciende el páramo de Baja California Sur mediante su experimentación artística; Angulo, explorador del erotismo fotográfico a través de métodos analógicos; Pérez Rubio, encarnación de la vanguardia con estéticas del expresionismo abstracto; Jiménez Rosique, abocado a retratar las problemáticas de su entono fronterizo; y Sánchez Duarte, que reflexiona sobre las luchas por el arte desde su propio nicho plástico.

En el Capítulo quinto, *Las nuevas propuestas visuales en los artistas del noroeste de México*, realiza un recorrido por las trayectorias de una tercera generación de creadores que, desde la década de los noventa, ampliaron los lenguajes artísticos de la región. Estos artistas incorporaron el performance, video, instalación y arte-objeto, para abordar problemáticas tan diversas como la violencia, la migración, la tecnología y la muerte. Entre ellos destacan Teresa Margolles, Gustavo Monroy, Marcos Ramírez Erre, Lenin Márquez Salazar, Raúl Cárdenas Osuna y Fernando Brito.

Sus propuestas innovadoras encontraron sustento institucional en la consolidación de espacios dedicados al arte contemporáneo: el Centro Cultural Tijuana, Museo de Arte de Sinaloa y Museo de Arte de Sonora. Paralelamente, la expansión de apoyos estatales facilitó becas, residencias y exhibiciones internacionales, lo cual propicio la inclusión de materiales no convencionales y formatos participativos. De este modo, el noroeste mexicano se configuró como un nodo creativo global, capaz de dialogar con las vanguardias internacionales sin perder su identidad local.

Azucena Manjarrez nos presenta en su propuesta una síntesis clara de la evolución de la formación académica, las políticas culturales y las tres generaciones de artistas, muralistas, ruptura y contemporáneos, poniendo de relieve tanto el rezago inicial como las transformaciones que han posicionado al noroeste de México como un espacio de innovación artística y reflexión sobre problemáticas locales y globales. A lo largo del libro el lector encontrará un recorrido que va desde la lenta institucionalización académica, pasando por la creación de circuitos culturales, la influencia formativa del muralismo y la

experimentación rupturista, hasta la apertura hacia lenguajes contemporáneos y proyectos locales. Cada capítulo funciona como un fragmento de la historia regional, ensamblado bajo una mirada integradora que aporta detalle, profundidad y coherencia al estudio de las artes plásticas en el septentrión mexicano.

Así, la obra se erige como una herramienta esencial para comprender la trayectoria singular de las artes visuales en el noroeste de México. Su enfoque integral ofrece una historia unificada, superando la fragmentación de estudios previos y aportando una visión comprensiva que dialoga tanto con las tradiciones locales como con las vanguardias internacionales.